

(d)

RUBÍ DE MARÍA GÓMEZ CAMPOS*

LA FILOSOFÍA DE LAS MUJERES EN EL SIGLO XXI

Las mujeres han tenido en la filosofía una historia singular. Después de muchos siglos en los que parecían no poder ocupar ningún lugar, hoy podemos decir que la filosofía no sería lo que es sin la participación intelectualmente creadora de algunas mujeres que lograron modificar y establecer nuevas vías de pensamiento filosófico, y con ello nuevas formas de inteligencia cultural.

Tal es el caso de Edith Stein (1891-1942), filósofa alemana discípula de Husserl. Edith Stein, aunque aprendió de Husserl los recursos preciosos de la fenomenología, supo vincularlos con los recursos sublimes de la fe, lo que le permitió construir su concepto filosófico de *la empatía* como posibilidad de la intersubjetividad. El suelo desde el que despegaba toda la grandeza de su pensamiento y la posibilidad de integrar ética y religión es su propio contexto histórico y vital.

Otra es María Zambrano (1904-1991), filósofa española discípula de Ortega y Gasset. La profundidad filosófica de María Zambrano se expresa en la superación de un racionalismo sobrevalorado históricamente que, a costa del vitalismo aún abstracto, impersonal, de Ortega y Gasset, ella supo realizar en su vinculación con la vida. Y lo hizo bajo la égida de una *razón poética* que fue capaz de encontrar, a través de su propio desconcierto y desplazamiento político y territorial, los vasos comunicantes entre filosofía y poesía, y reestablecer los lazos naturales de la filosofía con la tierra.

Hannah Arendt (1906-1975) por su parte, filósofa alemana discípula de Heidegger, contrariamente a lo que parecen creer la mayoría de sus intérpretes, no elabora una filosofía del poder sino de la fragilidad. Su alejamiento del masculino concepto de dominio es capaz de revelarnos la esencia y, con ello, toda la potencia del poder humano; no el poder del gobierno ni el del Estado sino del impoder, de la pluralidad, del *entre-hombres* que constituye la realidad del ser, cuya función humilde se vuelve

* Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

portentosa en el contexto realista del que su mundo personal formaba parte: la preservación del mundo, en el contexto monstruoso del totalitarismo.

Otra gran pensadora cuyo trasfondo vital está constituido por su intenso sufrimiento moral es Simone Weil. La revisión del pensamiento de Simone Weil (1909-1943), filósofa francesa contemporánea, es fundamental si queremos profundizar en la reflexión sobre el siglo XX, tanto como en el fenómeno de emergencia del pensamiento filosófico realizado por mujeres que vino aparejado con él. Aunque Simone Weil, igual que las pensadoras mencionadas antes, se declarara como no feminista, ni interesada en analizar la condición femenina, podemos percibir en el tejido original de su filosofía una cierta "textura" femenina, similar a las demás, que la orienta a revelar el sentido de la Gracia con la ingenuidad de una teóloga inexperta, pero cuya intuitiva clarividencia y fresca osadía traslucen la figura de una *pensadora*, en el doble sentido del término: alguien que piensa, y es del sexo femenino.

Seguramente la tesis de que la filosofía ha podido ser revitalizada gracias a la participación de las mujeres en ella es insuficientemente compartida por los pensadores de nuestro tiempo, quienes llegan a considerar que los temas filosóficos han sido agotados y pronostican la muerte de la filosofía. Pero es verdad que la ausencia o el desconocimiento de la participación de las mujeres en la filosofía representa un vacío que podemos comenzar a percibir ahora como el signo de posibilidad de un desarrollo continuado del pensamiento humano.

La creatividad filosófica que se esconde en los múltiples (y todavía lejanos) ejemplos de pensamiento producido por mujeres podría empezar a iluminar el futuro, y permitirnos vislumbrar nuevos senderos de indagación en aquellos mínimos espacios donde la perplejidad frente al mundo no ha claudicado frente a la hostilidad. Probablemente ésta sea una oportunidad para reestablecer los márgenes de un campo de definición de lo humano que se ha caracterizado por el establecimiento de una separación tajante entre bien y mal, verdad y mentira, filosofía y religión, masculino y femenino, y finalmente entre pensamiento y vida.

La filosofía producida por los seres humanos de nuestro tiempo, en la que se incluye por fin a las mujeres (aunque éstas tengan que ser referidas todavía a corrientes y autores masculinos como "discípula de..."), anuncia un renacimiento luminoso para el pensamiento filosófico si éste logra penetrar los recovecos del pensamiento activo que no ha perecido ante los embates del antipensamiento que la sociedad instrumental y la cultura global le impone. Tal vez habría que aventurar la idea de que las mujeres pueden y han podido variar esas maneras de hacer filosofía y, probablemente, la inserción de las mujeres en este impresionante campo de la inteligencia humana pueda ser el comienzo de una transformación del mismo, de una inclusión más amplia en todos los sentidos, para todos los temas, y en una multiplicación de sus modos y formas que, después de permitirnos nombrar a las filósofas en referencia a una genealogía femenina de corrientes, maestras y discípulas, termine por fin en realizar la

prematuramente anunciada disolución de la filosofía; disolución que concebimos, más que en su desaparición, en una nueva forma de encarnar la vida, de habitar los espacios, de concebir el mundo.

Podría asegurar que todavía hoy cualquier mujer que haya logrado ingresar en la historia de la filosofía es una filósofa errante, todas ellas son “parias” de la historia, perseguidas o exiliadas políticas, pero también trasterradas en su condición de mujer. No obstante, a pesar de que sus reflexiones están insertas en los límites académicos y formales de la filosofía oficial, ellas han logrado llevar el pensamiento más allá de los límites abstractos de un raciocinio que, a pesar de su profundidad conceptual, de su apertura al mundo o de su sensibilidad, desconoce o niega las fuentes de vida que le dieron origen.

Ellas, las filósofas, recuperan o inventan un sentido profundo de enraizamiento –de reterritorialización– de su filosofía en la vida que las constituye y que diera forma original a su pensar. Pero lo que más llama la atención de todas las pensadoras mencionadas es la capacidad filosófica y creadora de introducir en el discurso temas negados, aspectos reprimidos, o formas ausentes simplemente de la definición legítima del campo filosófico, como lo es el elemento de la *melancolía* que todas ellas compartían con la idea del genio renacentista, y que se repetirá en la conciencia de la subjetividad romántica.

En la convergencia natural del mundo y la filosofía, de la cultura con el pensamiento, fue necesario que el paso de los siglos y el propio desarrollo del espíritu humano fueran articulando lentamente, no sólo el reconocimiento práctico y social de la humanidad de las mujeres, sino el avance teórico de aprecio a la alteridad. La exaltación de lo Otro en los contenidos de la filosofía de la cultura actual, así como la rehabilitación formal de la hermenéutica como método auténtico de búsqueda de la verdad, son el contexto que vuelve permisible la transformación y continuación de la filosofía, y la valoración precisa del pensamiento de las mujeres en ella. De esta manera su presencia, la presencia de las mujeres, como mujeres, en la filosofía, aun resulta ser una expresión del miedo, hoy parcialmente conjurado, a lo desconocido. Esto es sólo el principio.

La exclusión de lo otro, de lo ajeno, el pasmo ante el enigma, el conjuro a lo extraño, han sido los rasgos permanentes de la condición de lo humano, durante todo el avance de la humanidad y su conciencia. No podemos negar que la grandeza atisbó muchas veces e iluminó en chispazos los márgenes del mundo. Pero todavía la ciencia y la filosofía son sin embargo, tomadas en bloque, la representación legítima de la verdad, del sentido, de la realidad, del mundo. El portentoso amuleto, el conjuro del miedo, ha sido la búsqueda de certezas de la filosofía.

Y en esta larga infancia de la humanidad, los cotos inaccesibles del entendimiento que todavía permanecen libres al arbitrio de la razón son conjurados entonces, a su vez, por la palabra lícita del sabio, que designa un lugar a la literatura permitida en tanto que ficción; a la magia autorizada

sólo en la poesía; a la sexualidad normativizada y reprimida en la vida social; al mal sistematizado en la teoría, de la que todavía se duda, acerca de lo mental. Sólo falta la risa; integrarla al discurso y normarla como valor podría, tal vez, representar una expresión mayor de madurez del espíritu, y una de las últimas formas de comunicación humana digna de teorizar.

En una paradójica combinación de melancolía, de valoración del sufrimiento y de afirmación de amor y de esperanza, las autoras de este somero recuento logran develar ante nuestros ojos un nuevo proyecto de humanidad y una nueva forma de conceptualizar. Hannah Arendt define premonitoriamente, y en concierto con algunos de los elementos vitales y conceptuales con los que nuestras filósofas definen nuevos parámetros de reflexión filosófica, que la actividad de comprender es necesaria, no para proveer directamente a la lucha de objetivos, sino para dar sentido y recursos al espíritu y al corazón humano.

Para que las mujeres logren superar el rezago de una cultura empobrecida por el patriarcado cultural imperante durante los dos milenios anteriores ha sido, y sigue siendo, necesario reestablecer los márgenes de actuación social de las mujeres, modificar las estructuras jurídicas de los Estados y de sus relaciones, así como renovar las ideologías de dirección de las organizaciones sociales existentes. Pero también resulta indispensable repensar el problema desde las coordenadas de una nueva forma de configuración social; desde un “nuevo humanismo” en donde no sólo las mujeres o los hombres en su particularidad de género logren modificar los parámetros de su autopercepción, sino desde una perspectiva en donde la actuación de lo humano logre revelar un nuevo e inexistente sentido, para todos y todas aquellas que vendrán y estarán.